



Estimadas hermanas y hermanos:

¿Porqué la noche del 24 de diciembre dejamos la comodidad de nuestras casas para ir al templo y celebrar la liturgia solemne de la Navidad? Es cierto que muchos dirán: *esta no es una buena pregunta. Lo hacemos cada año. ¡Siempre ha sido así!* En realidad parece ser así. Parece que hacemos simplemente lo obvio. Sin embargo podemos preguntarnos: *¿en realidad es obvio que ya tarde, por la noche, salga uno de casa y se dirija a la oscuridad?*

No es obvio, así como no lo fue en aquella primera noche, cuya memoria celebramos en Navidad, cuando los pastores en Belén, caminaron en la oscuridad de la noche atravesando los campos. Primero los pastores y luego un grupo poco más estimado de la sociedad hicieron ese camino, sólo porque del Mensajero de Dios, habían escuchado ese mensaje grande e increíble: "Hoy les ha nacido, en la ciudad de David, un salvador, que es el Mesías, el Señor" (Lc 2, 11) *¡Hay un Salvador para ustedes! Entiéndanlo todos: ¡Hay un Salvador para ustedes!*

Es también para nosotros un gran mensaje, para nosotros que somos personas inquietas e indefensas, que muy seguido no sabemos de dónde venimos ni a dónde vamos, que nacimos en este mundo y que partiremos de este mundo en la oscuridad misteriosa de la muerte, éste es también para nosotros un gran mensaje: *Hay un Salvador para ustedes, uno que puede y quiere curarlos, un Señor a quien se pueden dirigir y decir: Señor, escúchame; Señor ¡ten piedad! Él es el castillo donde se puede encontrar refugio y seguridad, es el fundamento de sus vidas; el punto de referencia que brilla como una estrella a la cual pueden seguir; un Salvador que da calor como el sol, que ama con un padre, que ama como una madre y cura como un buen médico. Hombres y mujeres, hay un Salvador para ustedes: ¡Cristo, el Señor, que ha nacido en la ciudad de David, en Belén!*

Este es el mensaje que hemos escuchado nosotros, el mismo que escucharon los pastores. Lo hemos escuchado en la voz de los mensajeros que Dios ha enviado a nuestras vidas: nuestros padres que nos lo han contado desde que éramos niños; aquel mensaje que al mismo tiempo ellos habrían escuchado de sus padres, es el mismo que se ha transmitido de generación en generación durante muchos siglos. Es el mensaje que los Apóstoles, dejando el Cenáculo, han proclamado como la buena y grande noticia: *Entiéndalo todos: hay un Salvador para ustedes: es Cristo, el Señor, que murió en la cruz y que Dios ha resucitado de entre los muertos ¡Jesús, nacido de María en la gruta de Belén!*

El Salvador que nosotros los cristianos honramos, es el Salvador que ha surcado los terrenos del sufrimiento humano y de la muerte, el Salvador que Dios Padre ha hecho volver a sí, en la resurrección. No hay felicidad en la Navidad sin la cruz sobre la cual sufrió nuestro Señor. Es muy cierto: así como creemos que en la Navidad no se celebra el nacimiento de cualquier niño, sino el nacimiento de un niño que es verdadero Dios y verdadero hombre, quien ha tomado nuestras debilidades, nuestros sufrimientos y nuestros dolores, así es como dejamos en esta noche la comodidad de nuestras casas para presentarnos en el templo: *¡buscando a nuestro Salvador!, ¡buscando a nuestro Dios!*

No solamente nosotros lo buscamos. Todos, aún los que no son conscientes de ello, lo buscan. Aquellos que buscan la verdad, a él lo buscan; aquellos que tienen hambre de felicidad, a él lo buscan; aquellos que no tienen amor, a él lo buscan; aquellos que no tiene casa ni patria, a él lo buscan; también los buenos y los malos, los creyentes y los no creyentes. Todas las personas que

tienen en su corazón una inquietud, están en busca de él. Mientras respiremos estaremos a él buscándolo. Mientras tengamos los ojos abiertos, lo estaremos buscando a él. Hasta donde podamos ir, estaremos en su búsqueda. Hasta donde podamos pensar, lo estaremos siempre buscando. ¡Toda la humanidad a él lo busca!

Pero no todos lo encuentran. Como los ángeles decían: “Esto les servirá de señal: encontrarán al niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre” (Lc 2, 12). Encontrarán solamente a un pobre niño, pequeño, envuelto con delicadeza en pañales pero ¡recostado en un pesebre!

Todas las personas buscan al Dios que salva, al Salvador y Señor de sus vidas. Pero lo podrán encontrar solamente aquellos que estarán dispuestos a buscarlo donde solo se puede encontrar: en un niño que en un establo, ha nacido de padres ordinarios. En un primer momento los pastores se pudieron haber desilusionado cuando, después de haber hecho un largo viaje encontraron sólo a María, a José, al niño y nada más; en el establo no había ninguna luz brillante ni voces celestiales. Sin embargo las Escrituras dicen: “Los pastores se volvieron a sus campos, alabando y glorificando a Dios por todo cuanto habían visto y oído, según lo que se les había anunciado” (Lc 2, 20). *Aun en la oscuridad de la fe ¡los pastores comenzaron a creer que el gran Dios, que ni los cielos pueden contener, se hizo presente entre ellos en la persona del pequeño niño recién nacido!*

De la misma manera, cuando estemos dirigiéndonos de nuevo al templo durante la noche de Navidad buscando al Dios de nuestras vidas, lo podremos encontrar solo si lo buscamos ahí donde se puede encontrar: en el “pobre establo” de su Iglesia, en la “casa derruida” de un cristianismo dividido, en medio de un pueblo que es pueblo de pecadores y que no siempre hace progresos en la reconstrucción del Templo vivo de Dios. Dios puede ser encontrado en las especies del pan y del vino. El niño en el pesebre y el Señor en la cruz comparten la suerte de los pobres y de los desesperados. Nuestro Salvador extiende sus brazos sobre todos aquellos que viven sin esperanza, sobre los que no pueden amar y sobre los que no son amados. Nuestro Señor tiende las manos hacia las guerras en todo el mundo, hacia los que dominan, hacia los fuertes, hacia el vacío de los bien nutridos, hacia la desesperación humana, ¡hacia nuestro hielo, nuestro mundo, nuestra Iglesia, nuestra historia!

Mi deseo para esta Navidad es que todos aceptemos, como los pastores, el pobre signo del establo que se nos da y reconozcamos ahí a nuestro Dios que se hace presente en su pequeña, pecadora, defectuosa y seguido pedante Iglesia; reconozcamos al Dios que sufre y muere en la cruz, al Dios que vive junto a nosotros, al Dios presente en el pan y el vino. Deseo que sepamos reconocer el amor de Dios que se ha hecho pequeño para que el pastor más pobre y hasta el último pecador puedan confiar en él y escuchándolo, crean en el mensaje maravilloso: “No teman. Les traigo una buena noticia, que causará gran alegría a todo el pueblo: hoy les ha nacido, en la ciudad de David, un salvador, que es el Mesías” (Lc 2, 10-11). *¡Escuchará quien tiene oídos! ¡Se sorprenderá quien tiene ojos! ¡Gozará quien tiene corazón!*

A todos ustedes, y a nombre de los frailes de la Comunidad de San Marcelo en Roma, les deseo una muy ¡feliz Navidad y un año nuevo lleno de bendiciones!

Bengaluru (India), 30 de noviembre de 2014

1er. Domingo de Adviento, inicio del Año de la Vida Consagrada

Prot. 400/2014



fray Gottfried M. Wolff, O.S.M.

Prior General